

Un GNOMO en Lekeitio

¿Os acordáis de mí? Soy el gnomo Antolin del cuento-guía "Lekeitioko Kaleetatik". Desde entonces, mi vida ha cambiado: soy menos inquieto y distraído. Ya no tengo que buscar por carreteras y bares a quien ahora puedo estrechar en mis brazos, o mejor... a quien querría abrazar. Diréis: ¿cuál es el problema? Precisamente ése: en cuanto intentamos acercarnos una extraña fuerza se interpone entre nosotros.

El Gran Gnomo no ha explicado (a Glombi y a mí) que todo se debe a un defecto de comunicación entre los elementos naturales que nos componen. El único remedio posible consistiría en separar cada uno de los elementos para volver a reunirlos en el lugar apropiado. Dicho y hecho. Nos indica el punto de partida, Lekeitio, donde además de marcha, pueden encontrarse aún los elementos en su originaria pureza.

Una vez que llegamos al pueblo, nos adentramos por las estrechas callejuelas del Casco Viejo, a la búsqueda de una huella cualquiera. El antiguo adoquinado palpita bajo nuestros pasos retumbando entre las casas. En estos lugares flota la magia de la Edad Media. Entreveo a Julen, delante de la hamburguesería SAPRA (Behoko, 13) y le comento nuestra misión. Mientras tanto, aprovechamos para reponernos gracias a sus hamburguesas y bocadillos vegetales, al fresquito.

Retornando la búsqueda, recordamos la dirección que nos diera el Gran Gnomo: KOPIDATZ, Dendari 3. Nos reconocen y nos piden una foto de ambos, de la que nunca me he separado, pero que ahora entrego convencido. Rápidamente le sacan una fotocopia en color. Con un estudiado procedimiento, la imprimen sobre la camiseta. Mientras me la pongo, me explican que esta imagen sobre el algodón resplandecerá intensamente cuando se acerque a los elementos naturales que buscamos.

Descendiendo hacia la mar (P/Gamarra), de pronto la figura de mi camiseta resplandece como mil estrellas frente a LA TIENDITA. Entro y Bea me guía entre cientos de piedras semipreciosas y, quizás mágicas. Entretanto, Glombi contempla extasiada los pendientes de plata. Finalmente, un cuarzo brasileño llama mi atención. La tierra: el primero de los elementos naturales.

Otra vez fuera, en la hermosa plaza de la villa (recientemente restaurada) contemplamos encantados los niños que juegan. La espléndida basílica de Santa María se erige a nuestro lado, conjugando un particular estilo prerrománico con elementos tradicionales vascos.

La iglesia originaria fue fundada en el año 730 por los

Caballeros Diviseros, y consagrada en el 1289 por tres obispos.

Ante nuestros ojos aparece la isla de San Nicolás, sede, hace siglos, de una importante ermita. Acercándonos al puerto, al tiempo que la camiseta brilla, recuerdo las fiestas patronales de San Antolín (primera semana de septiembre) y, en particular, el día de los gansos, cuando, casi obligadamente, los jóvenes caen al agua. Agua: el segundo elemento natural.

Asciendo al pueblo de nuevo, dirección a Santa Catalina, y en la calle homónima (al nº 5), otra vez el mismo fenómeno. Entramos en la tienda KAYA y subimos al segundo piso. Allí nos ponemos a revolver y Jasone nos mira sorprendida. Artesanía vasca: pendientes de madera y cuero. Cerámica marroquí y peruana. Nada. Sumidos aún en el aroma de inciensos y esencias, descendemos por las escaleras. Aquí, discos: grupos internacionales y de Euskadi. Escuchando el sonido de Etsiak, me percato de que es el aire el que lo transporta. Aire: el tercer elemento.

Nuestros pasos nos conducen hacia un lugar cargado de intensas vibraciones. Aquí, en San Juan Talako, solían bendecirse los cuatro elementos naturales, que más tarde serían sustituidos por los puntos cardinales. Alzo la mirada y leo sobre un letrero: SUA. Fuego: el cuatro elemento que nos faltaba. Se trata del chiringuito de Andoni y Sonia, punto de reunión privilegiado en las tardes y noches lekeitiarras. Al fin, nos abrazamos, felices y brindamos por nuestra unión con uno de los espléndidos cócteles que nos han preparado.

Como es habitual aquí, el festejo no termina: prosigue en el RESTAURANTE MAITE (Pascual Abaroa, 18 bajo). Suculentas sopas de pescado, txangurro, mariscos, pimientos rellenos de bacalao y, para acabar, tostadas flambeadas. ¡¡Mmmm!!

Así, tranquilos, besándonos clandestinamente cuando los clientes no miran, estrecho la mano de mi amor y... Agur!

